

Parquecito

Aurora Arias

A Alan Kiel, por todo

6:00 p.m. El parquecito muestra una imagen apacible de Ciudad. Al centro, la estatua de Duarte, Padre de la Patria. Un provocador olor a carne frita se expande por los aires; llega del chimichurri apostado en la esquina de Hostos y Billini. La tarde, transparente, lúcida, tranquila, augura una noche densa, bulliciosa, inquieta.

En el pequeño bar dentro del parque, limpian el mostrador. En el colmado de al lado *—se vende pica longa*, letrerito de afuera—no se ha detenido la venta desde temprano. Su propietario es el encargado de mantener el orden y ornato del lugar, nombrado por el Ayuntamiento. Tiene una ayudante, su hija, la muchacha morena y rolliza que debido a su porte y corpulencia, es a menudo confundida con un varón. Cada día, al adentrarse la noche, monta vigilancia, haciendo gala de su contextura física y autoridad. Da vueltas por la plaza con un vaso lleno de ron en la mano, chequeando.

¿Qué lo que hay?

Ná.

Qué lo qué.

Ná.

Ta tó.

7:45 p.m. Un azul cobalto cubre por completo el cielo. Se desespera la noche, y cae. El Convento de los Dominicos, *imperial convento edificado por el Emperador Carlos V* cierra su portón antiguo. Dos ancianos procuran caminar de prisa, bastones apoyados a las paredes del templo, que como están los tiempos, no es bueno andar de noche por aquí. *En este lugar, en el año 1538, fue instalada, mediante la bula “in apostolatus culmine,” la real y pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino, primera luz de la ciencia en el Nuevo Mundo*, rememora una tarja.

En el parquecito, el juego de dominó, en sus diferentes versiones, toma impulso.

Versión personas respetuosas residentes en el vecindario que traen sus mesas de dominó pa' coger un chin de fresco y compartir.

Versión jóvenes empleados de oficina bebedores de cerveza que no tiene uno pa' donde coger los fines de semana y mejor es coger pa' cá donde no hay que pagar entrada.

Versión la gigantesca hija del dueño del colmado, que asume su jefatura bebiendo y jugando junto a sus amistades.

Versión Catalina la loca, las manos sucias metidas de improviso en el tablero, reclamando que suban el volumen de la música y le brinden un trago. *Su continuadora, la Universidad Autónoma de Santo Domingo, faro de la juventud y del progreso dominicanos, se inclina respetuosa ante su propia tradición, 1538-1968, gobierno de Joaquín Balaguer.*

9:30 p.m. El parquecito inicia su función de bar abierto con otro bar adentro. Y un colmadón. Y otro colmadón enfrente. Y par de chimichurris cerca. Y una Catalina traviesa que se sube la falda y muestra a todo el que quiera su arruinado trasero.

Diversas castas de jevitos inician su formal arribo. Catalina, dentadura rota, paso desquiciado, sale a su encuentro.

—¡Catalina, qué lo qué hay!

La mujer se le va encima al que lleva el pelo parecido al de ella, varios meses sin peinar. Pretende abrazarlo, como se abraza a un hermano de la misma tribu.

—¿Loca, tú tá loca, men? Tá loca esta jeva, men—le vocea el jevito, un heavy metal rastafari full de tó con camiseta negra marca Von Dutch y gorra de Pinturas Popular, que como la mayoría de sus panas, ha sido llevado por sus padres al psicólogo desde niño, un problema generacional que los ha hecho expertos en test de conducta y terapia familiar.

“Me siento identificado con los habitantes de la zona colonial, casco histórico de Ciudad, y patrimonio de la humanidad. Hay que cerrar esos sitios que no sé qué son, si son prostíbulos de homosexuales o de qué. La gente que asiste a esos lugares lo que hace falta es mandarlos a sus casas y dejar que las personas decentes puedan dormir tranquilas,” ha declarado ante la prensa el Cardenal.

—Por eso es que se buscan los problemas, porque se pasan del límite. Estos muchachos se rebosan, se pasan de la raya. Hay que darle algo al cuerpo, bien sea que uno se motive con algo, pero no así—aconseja la doña argentina que vende chimichurris en el colmado de enfrente.

Las diversas castas de jevitos se diseminan alrededor de la estatua, en los bancos, sobre el piso, bajo las palmas reales, en el bar. La estatua del Patricio se alza hacia la noche, que insiste en ser azul. Mira hacia lo alto, el gesto prominente, la mano derecha sobre el corazón. Debajo, inscritas en mármol, sus palabras: *Sed libres, lo primero, o que se hunda la isla*. O algo así, men. Tá tó. Sentados a sus pies, un coro de jevitos decide reunir dinero para comprar un tequila, cinco limones, y un potecito de sal. A su espalda, otro coro de jevitos ligan para extasiarse. Los del shock de tequila evitan el riesgo: la yerba hace demasiado bulto y da sueño; la cocaína, cara y traicionera; el éxtasis, demasiado químico, el crack desbarata el cerebro, pa' meterse heroína hay que pincharse... ¿y qué aparece fácil? ¡Tabaco y ron!

11:15 p.m. *El exceso del consumo de alcohol perjudica a la salud. Ley 4201*. Un furgón se estaciona frente al convento. Dos chicas, al ritmo de un reggaetón, se desmontan de él y obsequian *Transformadores*, enormes potes de ron, tan codiciados por la población. Enseguida, los jugadores de dominó abandonan el juego. Los jevitos del tequila trepan a toda velocidad por los bancos. Catalina se dispone a fajarse con un pana que se le atraviesa

en el camino, y ella, que ya viene de vuelta con su *Transformador* en la mano, se le cuadra, y el pana se le cuadra también, bufeando.

Camilo, recogedor de botellas y ex-izquierdista, aprovecha y se sube encima del Patricio a contemplar mejor el espectáculo.

—Yo no me meto con nadie, a mí me vocean cuantas pendejadas se les ocurre a la gente, y aún así, no me meto con nadie. Yo no. La vida me doblégó, me enseñó a ser un hombre tranquilo, que no se mete con nadie. Yo vengo a este parquecito a buscar la comida de mis hijos, seis en total. Cincuenta y ocho años de edad, y ha sido demasiado el trasnoche y las malas experiencias. Yo pasé mucho trabajo, caí varias veces preso, fui torturado, me sacaron las uñas (muestra los dedos), me llevé de una partida de sinvergüenzas, dizque comunistas y dirigentes de izquierda, y ahí aprendí que todo el que le cae atrás a lo malo, le va mal—predica.

Calmada la sed de la muchedumbre, el furgón se marcha. Llegan los sudamericanos y españoles vendedores de aretes y collares a ofrecer su mercancía. Aparece Catalina a poner mano. Camilo se detiene sonriente a observarla. No se considera un loco como ella. Para nada. No teme ser tachado de vago, borracho, timador, mendigo o demente, porque él trabaja. A diario, llena sacos y sacos de botellas vacías que la gente deja tiradas en la plaza.

—Cuando yo tenía la edad de ustedes no podía andar así, libremente, a mí la policía me veía en la calle y me trancaba, sin haber hecho nada, sólo por ser joven, y al final, cansado, yo les decía que sí, que si tú quieres, policía, llévame preso, qué más da. Doña Emma, la de la Cruzada del Amor, ¿recuerdan lo que era eso? No, porque ustedes no habían nacido, claro, pero en los doce años de Balaguer, doña Emma, su hermana, repartía funditas de comida y juguetes para los pobres, y a eso le llamaban la Cruzada del Amor, y ella me dio muchas oportunidades, me sacó de cárceles horrendas. Fui a la cárcel La Victoria cientos de veces, me pasé la juventud en eso, vuelvo y repito, para nada.

Los jevitos lo conocen bien. Han escuchado decenas de veces su historia. Camilo fue militante de izquierda durante los Doce Años, perseguido como una rata por Balaguer, pero su mayor proeza la vieron realizarse hace un rato, cuando por tres fines de semana consecutivos ha sido capaz de subirse a la punta de la cabeza de la estatua del fundador de la República, sin haber bebido.

—Estoy vivo de casualidad, fui torturado, ¿es que no me lo creen? (*vuelve a mostrar los dedos*). Yo era de los más bajitos del Movimiento Popular Dominicano, de los que más vocebaban y tiraba piedras en las revueltas de la UASD, a principios de los setenta. Yo tenía dieciocho años en el '65, imagínense. Vivía en el barrio San Carlos, en la calle Monte y Tejada, una zona bien caliente. Eso era pura candela por ahí, yo me acuerdo que la guerra de abril comenzó un sábado a las dos de la tarde, y con ese lío de guardias en el medio me tiré a la calle, y a la semana ya andaba con una ametralladora, una pistola allí y otra allá, armado hasta los dientes, coño, pero es verdad, ahora me pongo a pensar en eso y qué tremendo payaso era yo, me convertí en un payaso, dizque luchando por un ideal, pero aquí ningún gobierno ha sabido apreciar ni respetar tanto sacrificio, tanta lucha, anjá, sí, queriendo defender, ¿pero defender qué?, la patria, ¿cuál, qué patria? La de Duarte... ¿pero a quién le puede importar ahora lo que yo pasé? Toda mi juventud la perdí defendiendo la patria de Duarte, y ya ustedes ven...

12:00 A.M. Pippen y *Los Erranticistas* presentan su performance titulado "*La cucaracha aplastada*." Le acompaña Liza Blake (Eloísa Burgos, en realidad), poeta, diva del underground, minifalda y botas al estilo '60, risueña, bicuriosa, alborotada. Pippen Hendrix, líder de cierto estrato de la juventud, dos mil seiscientos veintitrés panfletos publicados. Afro, polochecito a rayas, que lo hace parecer un convicto. Ha creado su propio movimiento anti-literario, la *Letrinatura*. Escribe y distribuye manifiestos llenos de frases irreverentes y palabras soeces, flamantemente ignorados por la cultura oficial.

—Estamos esperando la gran actuación de Glenn, alias Pippen, alias Jimmy Hendrix... ¿de qué se trata este performance? No sabemos aún, pero todo esto que vemos en este parquecito de la ciudad de Santo Domingo, es el gen de la juventud fiera alternativa o perdida actual, bueno, eso depende de tu clase social, de tu parecer—anuncia, dando vueltas alrededor de la estatua, un joven poeta erranticista.

Se oye una sirena. Un reggaetón. Gritos, risas, voces. La juventud baila y bebe, bebe y baila, en el bar. Por creer en la *Letrinatura* y ser un rebelde ciudadano con causa, a Pippen lo han echado de varios lugares donde acude en busca de espacio para su movimiento. Su causa consiste en rescatar el lenguaje de la calle, "la rebeldía lingüística con que se expresa el pueblo, en los campos, en los bateyes, en la ciudad, en el humo de los bares, el lenguaje sencillo de los que viven debajo del puente." Rebelde, "porque es la única forma de vivir con dignidad en nuestra República de lucros burocráticos."

Comienza el performance. Pippen grita en medio de la plaza.

—¡Santo Domingo! ¡Ciudad! ¡Corre la noche! ¡Neoliberalismo! ¡Corre la noche! ¡Las nubes soplan! ¡Tragedia, borrachos y sobrios, bohemios, concupiscencia y noche, hedonismo, subdesarrollo, ego, orgullo, honor, la ignominia, la duda, la decepción, la fe, la huída, el pecado!

Todos le ignoran, pero de eso se trata.

—Marihuana en el aire. Marihuana buena, nos disipa... ¡Nietzsche!

Jevitos, anti-jevitos, jugadores de dominó, bailadores de reggaetón, recogedores de botellas, mendigos, continúan ignorándolo.

Finalmente, Pippen cesa de gritar y decide mearse en plena plaza a la vista de su indiferente público. De repente, todos le aplauden. Anti-teatro, anti arte, anti performance. Pippen toma una guitarra y se sienta a tocarla frente a su charca de orines. Anti música. "*No, no, no vas a rezar, hacen falta muchas cosas para conseguir la paz.*" La guitarra suena como si fuera de hojalata. Decide cambiar de canción. "*Qué pasó en lo campo e' Samaná, sólo rockash en la playa nada más, y es que el pueblo no critica la cosa que 'tan mal, ya no hay quien diga, quien luche, quien grite el porvenir, dicen que Liborio ha muerto, Liborio no ha muerto ná, Liborio tá en Manaclas y en lo' campo e' Samaná, levántense, hermanos míos, que en lo campo hay que luchar, Liborio tá en Manaclas esperando a tó el que va,*" aúlla.

Deja la guitarra a un lado, se levanta, y corbata y tapa de inodoro al cuello, personifica ante el selecto público a un político de la actualidad.

Concluida su actuación, Pippen pide un cigarrillo. Fuma. Se queja de la mala onda. Mira, al igual que el Patricio, con gesto prominente, hacia la noche. Vuelve a fumar. Habla inspirado.

—Pero la onda cool es que El Erranticismo se ha ido expandiendo por Europa, América del Sur, del Norte. Al ser esta zona colonial el centro del mundo (*señala hacia*

la estatua de Duarte) donde viene gente de todos los países, nos hemos encontrado con europeos y norteamericanos a quienes les interesa la Letrinatura y se han integrado. Por ejemplo, en Berlín, parte del movimiento erranticista ha hecho grandes manifestaciones contra la literatura convencional.

Llega Duluc de la mano de Mami, su novia japonesa. Improvisan un concierto debajo de un laurel.

—¡Misericordia!, ¡Misericordia!—corean a gritos, tocando la conga él, y un par de maracas, ella. Catalina los secunda, contoneándose al frente como si se tratara de un combo. Pasa Yubelkis, la estrafalaria vidente gay, con su mirada en trance y tres sombreros sobre la cabeza, buscando presas a quien leerles las manos y arrancarle unos pesos.

Pippen continúa:

—El erranticismo es una escuela. A quienes conocieron el erranticismo les cambió la vida, el erranticismo envuelve un misticismo, una vaina muy esencial, te vuelves un niño, niegas todo lo que te enseñaron y haces lo que te de la gana. Pero ya estoy harto de vivir en esta República. Somos la Antártida perdida. Ya voy a cumplir veinticinco años de edad, quiero irme a Europa a caminar, a reencontrarme con mis otras raíces. Quiero irme a Italia a reunirme con el residuo del movimiento futurista. Estoy desencantado, porque realmente mi generación no hace nada, está dormida (*señala a los jevitos*). En cinco años he tratado de despertarlos, he sido la cabeza de un movimiento de vanguardia, pero ellos prefieren seguir anestesiados. Y me voy, me voy de este país, aquí no me entienden, aquí creen que estoy loco de verdad, pero no, yo estoy coherente. Me voy para Angola, en África, a terminar mi investigación sobre el culto al Barón del Cementerio, duraré un tiempo allá, y después me iré a morir a los Estados Unidos, parece que escupí para arriba y me cayó en los ojos, porque aunque parezca mentira, tengo una esposa norteamericana, a esa jeva la conocí aquí en el parquecito hace cuatro semanas, nos gustamos, nos besamos, nos cortamos las venas, fuimos al juzgado de paz y nos casamos. Ella es una estudiante de FLACSO, qué mala onda, ¿verdad?, pero también es activista, simpatiza con los de Green Peace, y me dio una lección muy interesante: que la culpa de todo esto no la tienen los que viven en E.U, sino el sistema. Así que voy a morir en los Estados Unidos, pero no voy a vivir en los Estados Unidos, que es muy diferente—fuma.

1:20 a.m. Se escucha un frenazo. Algunas bocinas. Una planta eléctrica. Reggaetón.

—Tírenle algo a San Lázaro, Rey de los perros, presentado en televisión, en el programa internacional *Primer Impacto*, en *Sábado de Corporán*, *El Show de Luisito Martí*, 58 perros a los que tengo que sancocharles harina con huesos diariamente para que se alimenten, y a cambio, mis compatriotas dominicanos sólo me regalan burlas, si usted me puede ayudar con algo, ayúdeme, aunque sea con cincuenta pesos, no me regale burlas, que son muchos perros, y estoy metido en un gancho con su alimentación, son demasiados perros, señores, el dinero no es para mí, es para ellos, soy el Rey de los perros, el que los domestica, tal y como usted lo vio en *Primer Impacto*—cantalettea Lázaro.

—No, hombre, ya, carajo, no me moleste—dice un turista español.

—Men, qué fuerte tú tá, loco—dice un jevito.

Lázaro se dispone de todos modos a presentar su show. Llama con un silbato a los perros, que se quedan echados en la plaza mirándolo con cara de: ¿y tú qué quieres?

Sólo un perro se anima y le agarra por el dedo pulgar del guante. Lázaro aprovecha y hace ademanes de director de orquesta frente a él, mientras silba. El resto de los perros permanece incólume, rascándose las innumerables pulgas. Un desganado aplauso para el Rey de los Perros, que regresa de nuevo a pedir dinero por su paupérrimo espectáculo.

—Yo ser turista, yo no entender nada—le contesta burlona una jevita.

—Eso es racismo, lo que usted acaba de hacer se llama racismo—le responde Lázaro, enojado.

1:21 a.m. Al otro lado de la estatua.

—Maldito muchacho haitiano, qué hace aquí, qué busca, sentado en ese banco del parquecito Duarte, justamente, ¿Por qué tú me miras así, maldito haitiano, coño? Nosotros no queremos saber de haitianos, vete para tu país—reta un jevito.

El maldito muchacho haitiano se para defensivo de su asiento, lo mira, en efecto, muy mal, ojos de animal herido.

—Yo tengo cédula dominicana, maricón, le responde en un español con ineludible acento creole.

—¿Tú me dijiste maricón, maldito haitiano, tú me dijiste maricón?—dice el jevito.

El haitiano muestra los puños y hace amagos de que esta listo para la pelea. El jevito saca una navaja, y lo agarra por la camiseta hedionda de recorrer las calles, de dormir debajo de las escaleras, de deambular, mendigar, delinquir, cruzada la frontera, vividos todos los peligros, para alcanzar, por fin, este espacio, este instante, esta noche, este banco en el parque, esta media isla, este lugar.

1:30 a.m. De repente:

—¡Suizo, qué lo que hay!

El pana suizo estudia el bachillerato en el Loyola. Lleva seis meses en la isla. Choca contento las manos del coro de jevitos, y se deja abrazar por las jevitas gringas, noruegas, italianas, francesas y alemanas que también estudian por intercambio cultural en el país, y no salen del parquecito.

—¿Tú eres suizo de verdad?—le pregunta un pana.

—¿Por qué? ¿Yo parezco dominicano? Ojalá yo ser dominicano, loco, qué ápero, men, eso sería un orgullo para mi—responde el suizo, sonriente.

—Este jevo tá pasao, men, dizque queriendo ser de aquí, yo que toi loco por sacar lo' pie de mi propio país—. El panita dominicano se ha dicho en silencio lo mismo tantas veces, que gesticula sentado en un banco como si hablara sólo para sí.

Parado frente a él, el suizo abre los brazos, alza la mirada al cielo, y exclama como sin poderlo creer:

—¡Pero mira qué ápero e' to eto aquí!

—¡Suizo, tú tá loco, men!—le dicen a coro los demás.

—¿Y por qué ustedes dicen que toi loco, men? ¿Qué ustedes quieren si pienso que me gustaría ser dominicano, y para mí hubiese sido demasiado ápero haber nacido en este país?

—¡Coño, Suizo, maricón, tú tá pasao!—le gritan todos, cayéndole encima y riéndose.

El suizo ríe también.

—¿Coño? Coño e' la palabra ma' jevi que he aprendido en toda mi vida desde que llegué a este país.

2: 40 a.m. Milagros reside en la Hostos, cerca de la Ruina. Dice ser compositora de bachata.

—Soy la que tengo el VIH, vivo de la caridad pública y de recoger botellas de cerveza cuando me quedan fuerzas. El pantalón tengo que doblármelo, mire, de la flacura tan grande, vengo aquí a ver si consigo un pan, no a beber romo ni a que se burlen de mí. Cada vez tengo menos ánimo para buscármela. Es peligroso andar sola, a mi me violaron un día como hoy, viernes, un hombre salió de la oscuridad y me puso una pistola, me violó, me quitó el poco dinero que llevaba, y me pegó el Sida. He pensado tirarme por el puente, la vida que estoy viviendo creo que nadie la resiste, así que si decide darme una ayudita, se lo agradecería. No soy como Catalina, ella es una loca borrachona que pide dinero para beber, ni tampoco soy como Lázaro, un timador, yo pido porque tengo que usar *Pampers*, y son muy caros...

Pasa un carro de la policía mostrando sus luces.

—Yo era conocida como “La Mayimba del Amargue,” y ahora canto pero no encanto, encantaba. No soy una timadora... ¿Quiere que le cante una bachata?

Respira hondo, coge impulso:

“Cuando yo me vaya, piensa en que te quise... porque en esta vida solo por ti muero y hasta el mismo cielo nos iremos los dos, hasta el mismo cielo nos iremos los dos...”

Milagros entona con dulzura, dolor, energía, sentimiento, agachada frente a un turista que la mira en silencio sin entender. Ella insiste en agradarlo, impresionarlo. Vuelve a cantar.

“¡Qué tontos, qué locos somos tú y yo, estando con otros y amándonos!”

Se queda mirando al turista con una sonrisa luminosa y triste.

—Ese es el estribillo de un hit que compuse para el grupo bachatero “Monchy y Alexandra”—explica orgullosa—Estando interna en un hospital, casi muriéndome, con un suero puesto, compuse ese tema. Pero oye ésta, turista, te la dedico a ti:

“Cojan ejemplos hombres de este mundo, no crean en mujeres, ni tampoco en amigos, el amigo tuyo es un peso en el bolsillo (¡si no está roto!), y una mujer amada, tu madre querida.”

—¿Si o no? ¿Le diste mente a la letra de esa bachata, turista, eh, sí o no?

Sonríe. Se aleja.

4:00 a.m. La gigantesca hija del encargado juega una última partida de dominó contra un contrincante invisible. Tira las fichas con más brío que nunca sobre el tablero. Alrededor, circulan algunos pocos vehículos. Las diversas castas de jevitos han bebido, fumado, desordenado, voceado y reído lo suficiente como para probablemente provocar la santísima ira del Cardenal, si algún día se atreviera a acercarse por allí. Catalina, fuera de sí, se niega a que la gente se marche y finalice el bonche. Demasiado temprano para ella que, ebria de sinrazón, pide más.

—¡Catalina, qué lo qué!—gritan desde un vehículo en marcha unos jevitos.

Catalina rompe a decir malas palabras, puños en alto, gambada, impotente y sucia, pero feliz de pagarle al mundo así. A su lado, Camilo, el ex izquierdista, trabaja de lleno en su labor. Hay cientos de botellas por recoger. Con paciencia y agilidad, saco en mano, los ojos enrojecidos, la barba triste, las clasifica.

—Yo prefiero recoger botellas, y ustedes me disculpan, hasta mierda recojo, antes que andar esperando que gane un partidito, y mientras tanto, con la barriga vacía. Eso de la lucha revolucionaria fue para mí una escuela Me llevé de los grupos de izquierda, de los cabeza' caliente de los años setenta, que total, nunca triunfaron. Eso no sirvió de nada, ni va a servir en este país para nada. Imagínense, una sardina queriendo comerse a un tiburón. El tiburón era en ese entonces Balaguer, y en verdad, había cosas que no eran el mismo Balaguer que las mandaba a hacer, sino aquellos militares dominicanos de entonces, o la gente de la CIA. Quien sabe. Nunca se sabe. Para los de abajo, al final, es lo mismo.

Por suerte, ya todo pasó, todos esos partidos de mala muerte no tienen sentido para mí, diciendo que hicimos salir huyendo a los americanos en el '65; y en realidad, ellos se fueron (si es que se fueron) porque les dio la gana, si hubiesen querido acababan con todo esto desde ahí afuera, desde el malecón, un par de cañonazos al llegar o al irse hubiesen sido suficiente. Los ganadores de la guerra de abril fueron los gringos. Así mismito como lo están oyendo.

5:10 a.m. Se desespera el día. Duarte y su parquecito quedarán muy solos, cuando dentro de poco, comience a clarear.